

Alonso Quesada

## Un gobierno español visto a través del Atlántico

cuaderno  
marginal

Esta sección recogerá textos breves y pretéritos de autores canarios cuyo conocimiento pueda tener algún interés para el lector actual.

*Claro está, querido lector catalán, que los que vemos ese Gobierno desde el desafortunado lugar que nos tocó en suerte, somos unas cuantas personas inteligentes. Los demás, si no lo hallan conforme, no les importa gran cosa. Nosotros, ahitos de él, nos aprovechamos de los barcos extranjeros que pasan y se detienen, y nos vamos haciendo una dignidad forastera y un alma lejana. Por otro lado, de la isla, esos Gobiernos gelatinosos jamás se ocuparon si no fue para el particular bien de algún diputado inclusero o para equilibrar la deshabitada personalidad de algún rábula pedante que soñara con un ministerio de Madrid: ese café oficial que tiene una calle de Alcalá y una Puerta del Sol delante de cada tintero, y un perenne colmo en la punta de la pluma: el colmo de todas las cosas atrabiliarias y troglodíticas.*

*Nosotros no podemos ver ese Gobierno sino dentro de un acuario. Para el insular capacitado, que a fuerza de contemplar ingleses sin gracia andaluza y noruegos de dramas ibsenianos, ha logrado nutrirse de algo más científico que las novelas del señor León y las comedias del señor Muñoz Seca, un Gobierno español es como una familia de peces de colores raros, de los cuales, saltando por encima del refrán clásico, no hay que reirse. Pues la risa es también una cosa demasiado egregia y tiene cierto aire de distinción extranjera, como el traje inglés, el zapato americano y los paraísos franceses. Pasa la película, pues, sin interesarnos ni conmovernos... De cuando en cuando, un viajante de granos de Sevilla, como un rayo de sol desacreditado, nos siembra un chiste en la fonda, en esa trágica fonda española llena de gritos, de comisionistas y de*

*curas castrenses y de un profesor de Instituto, del eterno profesor de Instituto que se ha pasado la vida sorprendiendo adolescentes con aquellos versos de "Viva Bustos, contra mi Rey por mi gusto, viva Bustos, Bustos muera".*

*Generalmente, el espíritu local está caído, sin gracia, como una camisa que se sale por debajo de la chaqueta. El insulario se rasca la testa con pesadumbre neurótica, y el huacal de plátanos anda por las calles distraído como un voto, cuando no hay elecciones. Saltan las mujeres que llegan de América, unas mujeres de una amplitud sensual maravillosa, de una serenidad sin gobierno español, con unos senos donde nada pueden los gobiernos españoles; pero el insulario no atiende mucho este aire extranjero, aunque lo siente acariciar su rostro con una dulzura exótica y liberal.*

*¡Pero, nosotros...! Un holandés trae en la mano un queso lógico, un queso que no se podrá envolver nunca con el "A B C", y un suizo atraviesa la ciudad perfectamente condensado, con una seriedad tan sana, que no es posible recordar una Real orden del señor Dato.*

*El muelle, al llegar el "Limburia" u otro trasatlántico sin clérigos de Comillas, se llena de Europa, es como si Europa misma se cortara en muchos pedazos y nos la vinieran a sembrar sobre estos arenales africanos. No hay un hombre que se parezca de casualidad al señor Luca de Tena, ni una mujer que tenga semejanza con Pastora Imperio. Ningún hombre de aquellos presiente a la marquesa de La Laguna, y posiblemente creará más en Dios que en Maura. El empleado de Hacienda, sin embargo, colocado silenciosamente en el muelle, se esfuerza por hacerles sentir de un modo benaventiano, pero el extranjero coge una naranja dorada y la acaricia bajo el sol, con una tan civilizada intensidad, que la naranja parece como que se descascara sola, por virtud de un encantador prodigio.*

*Es una gente que se ha quitado de encima las crónicas de los viejos maestros del periodismo, de esos viejos maestros del periodismo viejo, viejos ayer y siempre, con una vejez de planeta apagado, que son más tarde ministros para que la gente recuerde la vejez de su Prensa.*

Como si dijeran: “¿No conocéis este ministro? Es el viejo maestro”. Y ponen la vieja maestría en el cargo, y así y todo tendrá la polilla de las casas veraniegas que se abren en julio, después de un largo encierro desolado. Pasa esta gente abriéndonos las ventanas de la isla, abriéndolas de par en par, y la isla es la casa de retiro rodeada de árboles y de mar, donde se reposa uno de la estupidez cotidiana, y donde se hace el recuerdo ciudadano de una lejanía tan rápida como la muerte. El señor Dato, el señor Bergamín —pongamos también al vizconde de Eza— no pueden existir dentro de estos barcos que tienen un estanque enorme para nadar y viaja en ellos un millonario joven que es todo un Estado, un Estado particular y admirable; y las mujeres bajan por las escalas con una precisión científica, conociendo la importancia de una escala de barcos, y el capitán es un jefe extraordinario que no fracasa nunca, porque ha bebido la leche nutritiva de unas vacas que pastan en prados sin Real orden, y conoce las fronteras del mundo libre. Hombres con dos piernas firmes, sin nostalgias románticas o fatalistas en el coxis, bien limado, pulido como el marfil, donde no hay ni la más remota huella del trunco. Sobre el mar eterno y luminoso, cruzan estos caminantes que tomarían asombrados al títere taurómico por una solitaria desnutrida, y el mar nos los trae para bien de nuestra aspiración nobilísima y nos los lleva para devolvéndonos después con otras curas, con otros ojos y con una nueva profusidad de almas abiertas.

Estamos de espaldas a los gobiernos españoles. Desde el Atlántico, una persona inteligente, no logra ver al Gobierno español sino al través de la piscina del mar.

No podemos tomar en serio el genio datista: las escalerillas del muelle las ocupa un yanque que tiene la miniatura de un rascacielo en la pupila; sobre el muelle, un noruego de gafas, uno de esos noruegos que hemos visto abrir las puertas de sus oficinas con tanta energía en los dramas de Ibsen —Rosmer quizá, acaso Solness— pasea serenamente con el mundo dentro de su alma, con la huella sutil del borde planetario en los dedos, que han acariciado todas las curvas terrestres, mientras el

pensamiento, cobijado en un rincón de Melbourne o en un divino sillón del Waldfor-Astoria, piensa infantil en este muelle, sobre el que está ahora, sin asombro, malgastando una civilización tan necesaria.

En tanto un Gobierno español dicta órdenes para que los periódicos cuesten más dinero y la cultura mengüe, y así garantizar a perpetuidad mayores votos, y grava con diez céntimos lo mismo una caja de cerillas que un automóvil, nosotros vamos desentrañando el mundo de los torcos sajones y de los ojos de las mujeres rubias que saben amar tan dulcemente y escribir después, ligeras, en la Remington austera; antiguas y modernas, con una antigüedad tan actual en los labios que las hace eternas.

Las sirenas llaman, las anclas se hunden, las cabezas doradas surgen en las falúas... El mar está alegre, con una alegría civil, estrepitosa y útil. ¡Poesía del tráfico europeo! ¡La América entera que se vuelca en el viejo continente! Un grito de coloso sobre todos los mares y unos ojos profundos de acero que otean desde el Pacífico al Atlántico. Palabras justas, pensamientos firmes, ruido fabril lejano, que es un constante eco en la bahía. ¡Civilización!

La isla es el reposo de la agitadora jornada, el mesón solitario del camino. ¿Qué podemos ver nosotros, los hombres atlánticos inteligentes, mirando siempre el horizonte azul por donde llegan estos barcos gigantes, ciudades enteras que se apartan de las remotas playas y arriban, con audacia y contento de descubridores? No se puede saber otra cosa.

¿España...? ¡España, sí! El amor sentimental. ¡Pero esos españoles...!

“Pontius, te souvient-il de cet home?

“Pontius Pilatus fronça les sourcils et porta la main a son front, comme quelqu'un qui cherche dans sa memoire. Puis, après quelques instants de silence: — ¿Jesús— murmura-t-il, Jesús de Nazaret? Je ne me rapelle pas”.

Canarias, agosto 1920.

(La Publicidad Barcelona, 29 Agosto 1920)